

EL MITO DEL SÚPER PESO AL CIERRE DE AÑO 2025, ESTABILIDAD CAMBIARIA SIN BIENESTAR

Introducción

En el debate económico reciente se ha vuelto común presentar la fortaleza del peso como una señal inequívoca de bienestar. Un tipo de cambio apreciado se celebra como un triunfo de la política económica y, en ocasiones, como una prueba de que la vida cotidiana de las familias mejora. Sin embargo, esta lectura simplifica en exceso una realidad mucho más compleja. La estabilidad cambiaria puede ser un objetivo deseable, pero no debe confundirse con prosperidad automática.

Para la mayoría de los hogares, el bienestar no se mide en gráficos financieros ni en indicadores macroeconómicos, sino en la capacidad real de cubrir necesidades básicas. La pregunta relevante no es cuánto cuesta el dólar en los mercados, sino qué tan lejos alcanza el ingreso familiar al momento de comprar alimentos, pagar servicios o enfrentar gastos cotidianos. Un peso fuerte puede estabilizar ciertas variables, pero eso no garantiza que los precios de la vida diaria dejen de subir ni que el poder adquisitivo mejore.

Este documento sostiene que el llamado “súper peso” es, en buena medida, un mito cuando se evalúa desde la experiencia concreta de las familias mexicanas. La apreciación cambiaria ha sido presentada como sinónimo de bienestar, pero al observar lo que ocurre en el consumo cotidiano emerge una distancia clara entre la estabilidad macroeconómica y la realidad del hogar. A partir de esta distinción, el texto analiza por qué un peso fuerte puede coexistir con una pérdida de poder de compra y por qué celebrar el tipo de cambio sin mirar la mesa familiar conduce a conclusiones engañosas.

Evidencia

En el discurso económico de la 4T se ha repetido una idea hasta convertirla en consigna: que un peso fuerte beneficia a las familias mexicanas. La apreciación del tipo de cambio se presenta como una victoria que, supuestamente, mejora el poder de compra y protege a los hogares frente a la inflación. Sin embargo, cuando se observa lo que ocurre con los alimentos, lo que la gente compra todos los días, esta narrativa se derrumba. El dólar puede estar barato, pero la mayoría de los alimentos está más cara, y eso es lo que determina el bienestar real.

Las familias no viven del tipo de cambio. Viven de su ingreso y de lo que pueden comprar con él. Por eso, para saber si el peso fuerte beneficia a la población, no basta con mirar el dólar; hay que mirar cuántos kilos de comida alcanza ese peso. Al hacer este ejercicio con prácticamente todos los alimentos de la canasta, el resultado es claro: en la gran mayoría, el poder de compra cayó, aun en un contexto de apreciación cambiaria.

Empecemos por el alimento central de la dieta mexicana: la tortilla. A pesar del peso fuerte, el precio en pesos aumentó y el poder de compra disminuyó. Medido de manera sencilla, cuántos kilos puede comprar un dólar, el indicador cayó de 0.856 a 0.77. Es decir, aun con un dólar más barato, se compra menos tortilla. Este dato por sí solo ya

desmonta la idea del “súper peso”: si no protege el alimento básico, difícilmente protege al hogar.

El mismo patrón aparece en prácticamente todos los alimentos derivados de granos y harinas. La pasta para sopa, el pan blanco, el pan dulce, las galletas, las harinas, los cereales y otros productos similares muestran una caída clara en el poder de compra. En todos estos casos, el dólar se abarató, pero los precios internos subieron más rápido. El resultado es simple y contundente: el dólar compra menos comida procesada, y las familias pagan más por productos cotidianos.

Cuando pasamos a las proteínas, el golpe es todavía más evidente. En la carne de res, el poder de compra cayó de 0.118 a 0.090 kilogramos por dólar. En la carne de cerdo, de 0.162 a 0.140. En el pollo entero, de 0.253 a 0.221. En el huevo, un alimento fundamental para millones de hogares, el indicador bajó de 0.345 a 0.320. En todos estos productos, el peso fuerte no evitó que las familias compraran menos proteína. Y cuando la proteína se vuelve más cara, el impacto en el bienestar y en la nutrición es directo.

La leche y los lácteos confirman esta tendencia. En la leche pasteurizada, el poder de compra pasó de 0.855 a 0.716 litros por dólar. En quesos frescos, queso Oaxaca, asadero y otros derivados, la caída fue similar. Esto afecta especialmente a hogares con niñas y niños, donde la leche es un gasto constante y necesario. Un tipo de cambio apreciado no impidió que estos productos se encarecieran en términos reales.

Ahora bien, incluso en frutas y verduras, donde los precios suelen variar por estacionalidad, el peso fuerte no garantiza alivio. En muchos casos, como jitomate, cebolla, papa, limón, manzana, naranja, plátano o aguacate, los precios fluctúan por factores climáticos y de oferta local. Cuando el poder de compra mejora en alguno de estos productos, no es gracias al dólar barato, sino a una cosecha favorable o a una baja temporal. El tipo de cambio no explica estas mejoras ni las hace permanentes. En otros casos, el poder de compra también cae, reforzando la idea de que el peso fuerte no controla los precios internos.

Los aceites, las grasas, el azúcar, la sal, el café, los refrescos, los jugos, el agua embotellada y otras bebidas muestran igualmente aumentos en pesos que superan el efecto del tipo de cambio. En muchos de estos productos, el poder de compra por dólar disminuye, lo que indica que el consumidor paga más aun cuando el dólar cuesta menos. El beneficio cambiario se diluye entre costos internos, márgenes de intermediación y presiones inflacionarias.

Cuando se observa el conjunto, tortilla, pan, pasta, carne, pollo, cerdo, huevo, leche, queso, frutas, verduras, aceites, bebidas, el mensaje es inequívoco: la mayoría de los alimentos se volvió menos accesible. El peso fuerte ayudó a que el aumento fuera un poco menor, pero no evitó la pérdida de poder de compra. Para las familias, subir menos sigue siendo subir.

Este fenómeno no afecta a todos por igual. Aquí aparece el aspecto más grave y más ignorado por la narrativa oficial: el efecto regresivo. Las familias de menores ingresos destinan una proporción mucho mayor de su gasto a alimentos. Para la clase baja, la comida no es un rubro más: es el gasto central. Cuando suben la tortilla, el huevo, la carne, la leche y el pan, no hay margen de ajuste. Se compra menos, se sustituye por productos de menor calidad o se sacrifica nutrición.

En contraste, los hogares de ingresos altos gastan una proporción menor de su ingreso en alimentos y pueden absorber estos aumentos con mayor facilidad. Incluso

pueden beneficiarse más del peso fuerte al consumir bienes importados o viajar. Así, el “súper peso” no solo no beneficia a todos, sino que amplía las desigualdades: protege más a quienes menos dependen del precio de la comida y castiga a quienes viven al día.

Por eso, presentar la apreciación del peso como una política a favor de las familias es, en el mejor de los casos, una simplificación engañosa. La estabilidad cambiaria puede ser positiva para ciertos indicadores macroeconómicos, pero no es una política social. No sustituye al ingreso, no controla los precios internos y no protege a quienes más gastan en alimentos.

Cuando se revisan todos los alimentos, prácticamente la totalidad de la canasta, el mito del “súper peso” se derrumba. El dólar está más barato, pero la comida está más cara. El poder de compra cayó en la mayoría de los productos y el impacto recae con mayor fuerza en la clase baja, que destina la mayor parte de su ingreso a alimentarse. Celebrar el tipo de cambio mientras sube el costo de la canasta básica es confundir estabilidad financiera con bienestar social. Y esa confusión, lejos de ayudar, oculta la realidad cotidiana de millones de familias a las que el peso, simplemente, ya no les alcanza.

Cuadro 1. Precios por Kg/Lt. de los 42 productos que componen la canasta alimentaria en zona urbana, octubre 2024 vs noviembre 2025

Alimento	Precio x kg/L	Precio x kg/L	Dólar oct 2024/ precio por KG-Lt	Dólar nov 2025/ precio por KG-Lt
Tortilla de maíz (de todo tipo y color)	23.019	23.453	0.856	0.771
Pasta para sopa	48.680	50.301	0.405	0.359
Galletas dulces	102.631	109.370	0.192	0.165
Pan blanco: bolillo, telera, baguete, etcétera	50.488	52.909	0.390	0.342
Pan dulce en piezas (de todo tipo)	84.358	90.395	0.234	0.200
Pan para sándwich, hamburguesa, hot dog y tostado	88.888	92.591	0.222	0.195
Arroz en grano	28.969	29.114	0.680	0.621
Cereal de maíz, de trigo, de arroz, de avena, de granola, etcétera	87.141	93.408	0.226	0.193
Bistec de res (de cualquier parte que se saque)	166.802	199.934	0.118	0.090
Molida de res	135.629	159.643	0.145	0.113
Bistec de puerco (de cualquier parte que se saque)	121.728	128.892	0.162	0.140
Costilla y chuleta de puerco	117.125	124.017	0.168	0.146
Chorizo con cualquier condimento y color y longaniza	112.794	121.336	0.175	0.149
Jamón de puerco	117.736	131.725	0.167	0.137
Pierna, muslo o pechuga de pollo con hueso	74.466	78.256	0.265	0.231
Pierna, muslo o pechuga de pollo sin hueso	113.880	119.677	0.173	0.151
Pollo entero o en piezas (excepto, pierna, muslo y pechuga)	77.927	81.893	0.253	0.221
Pescado entero limpio y sin limpiar	92.242	95.466	0.214	0.189
Filete de pescado	135.742	140.487	0.145	0.129
Atún enlatado	120.160	126.104	0.164	0.143
Leche pasteurizada de vaca	23.046	25.233	0.855	0.716
Queso fresco	126.003	132.883	0.156	0.136
Queso oaxaca o asadero	144.538	149.813	0.136	0.121
Bebidas fermentadas de leche	55.552	59.605	0.355	0.303
Huevo de gallina blanco y rojo	57.106	56.470	0.345	0.320
Aceite vegetal: canola, cártamo, girasol, maíz, etcétera	43.274	43.157	0.455	0.419
Papa	36.102	25.902	0.546	0.698
Cebolla	35.927	32.980	0.549	0.548
Chile1/	53.961	64.021	0.365	0.282
Jitomate	36.530	29.488	0.539	0.613
Frijol en grano	39.603	35.970	0.498	0.502
Limón	35.843	27.369	0.550	0.660
Manzana y perón	33.307	34.829	0.592	0.519
Naranja	18.504	18.769	1.065	0.963
Plátano verde y tabasco	20.010	19.674	0.985	0.919

Azúcar blanca y morena	29.947	25.979	0.658	0.696
Pollo rostizado	144.818	157.511	0.136	0.115
Agua natural embotellada	2.191	2.332	8.995	7.750
Jugos y néctares envasados	25.699	27.638	0.767	0.654
Refrescos de cola y de sabores	20.594	21.779	0.957	0.830

Fuente: elaboración propia con datos de INEGI. Nota: octubre de 2024 a 19.70 pesos por dólar, diciembre de 2025 a 18.03, promedios

Conclusión

La insistencia de la 4T y de Claudia Sheinbaum en presumir la fortaleza del peso como prueba de bienestar revela una desconexión profunda con la realidad de las familias mexicanas. Mientras el gobierno celebra indicadores financieros y habla de estabilidad macroeconómica, millones de hogares enfrentan una verdad mucho más simple y mucho más dura: la comida es más cara y el ingreso no alcanza. El llamado “súper peso” no se come, no se bebe y no paga la despensa.

Los datos sobre los alimentos son claros. En prácticamente toda la canasta básica, tortilla, pan, carne, pollo, huevo, leche, frutas, verduras y bebidas, el poder de compra cayó. La apreciación del peso no protegió a las familias; apenas maquilló las cifras oficiales de inflación. Para quienes viven al día, eso no es estabilidad: es pérdida de bienestar. Y para la clase baja, que destina la mayor parte de su ingreso a alimentarse, es una forma silenciosa de empobrecimiento.

Bajo la conducción económica de la 4T, y ahora con Claudia Sheinbaum como continuadora de ese modelo, se ha optado por una política que privilegia el discurso sobre los resultados, la estadística sobre la mesa familiar y la narrativa sobre la realidad. Presumir un peso fuerte mientras suben los precios de los alimentos no es gobernar para las familias; es ignorarlas. Es confundir aplausos financieros con prosperidad social.

Desde la visión del PAN, esta no es una diferencia menor ni ideológica: es una diferencia de prioridades. Para nosotros, la familia es el centro de la política económica, y el éxito no se mide en gráficos de tipo de cambio, sino en si una madre o un padre pueden comprar suficiente comida con su salario. Una economía que presume estabilidad mientras empuja a las familias a comprar menos tortilla, menos carne y menos leche es una economía que ha perdido el rumbo.

Claudia Sheinbaum promete continuidad. Los datos muestran que esa continuidad significa mantener una política que no protege el poder adquisitivo, que castiga más a quienes menos tienen y que amplía la brecha entre el discurso oficial y la vida cotidiana. Continuar este modelo es aceptar que el peso puede estar fuerte, pero las familias seguirán débiles.

El PAN sostiene que México necesita una política económica distinta: una que defienda el ingreso familiar, que enfrente la inflación alimentaria con seriedad y que mida el bienestar donde realmente importa, en la mesa del hogar. Porque no hay estabilidad que valga si la familia no puede comer mejor, y no hay proyecto de país que pueda sostenerse cuando el gobierno celebra cifras mientras las familias sacrifican su alimentación.